

EL SALON

CRITICA, LITERATURA, POESIA, ETC. ETC.

NÚMERO TERCERO

Santiago de Chile, Diciembre 6 de 1885

SUMARIO.—EL SALON, por Vicente Grez.—LA VERDAD SOBRE LA FORNARINA, por Leon Hugonnet.—RECURSOS ÍNTIMOS E INMEMORIAM, por W. Aichelone.—CRÓNICA ARTÍSTICA, por P. Lira.—LOS REYES EN EL UESTIERRO, por Vicente Grez.—CONFERENCIAS SOBRE LA FILOSOFÍA DEL ARTE (conclusion), por H. Taine.—LA ESTATUA, por Luis Orrego Luco.—LOS POETAS FRANCÉSIS CONTEMPORÁNEOS, por Ernesto García Lavieze.—NUESTRAS ILUSTRACIONES.

EL SALON

III

Alberto Orrego.—Ramon Subercaseaux.—Onofre Jarpa.—Juan de Dios Vargas.—Enrique Swinburn.—J. Francisco Gonzalez.

Y aquí un luchador convencido que, abriéndose camino paso a paso, recoge ahora a manos llenas el aplauso a que son tan acreedores su laboriosidad i su talento. Colorista rico i armonioso, pintor consumado en su factura, Alberto Orrego es perfectamente digno de ocupar un lugar de preferencia en la escuela chilena de paisajistas.

Deslumbrado por los incomparables efectos de luz de la pintoresca Venecia, ha sentado en ella sus reales de algunos años atras. Allí ha seguido con empeño el camino abierto por Rico, Michetti, dal Bono i otros distinguidos artistas italianos i españoles de reputacion casi universal, hasta conquistar un puesto recomendable en este grupo de pintores cuyo principal objetivo es la fiel i animada reproduccion de los lugares que los inspiran. No hai que olvidarlo, Venecia ha sido en todo tiempo la metrópoli de tal especie de pintura; testigos el Canaletto i Guardi, los primeros jefes de esta escuela. Las riquezas pintorescas de la ciudad marina han parecido suficiente asunto a esos artistas, hasta cierto punto impersonales, pero de una habilidad maravillosa. para dedicarles sus pinceles como simples retratistas. De aquí nacen los dos caracteres distintivos de la escuela: primor en el detalle, ausencia de sentimiento.

Deslumbrados por la esplendente luz veneciana, mui a menudo sus pintores han confundido el cuadro claro con el cuadro luminoso, dos cosas mui diversas, i han caido en el desabrimiento. El exceso del detalle les ha hecho caer otras veces en la pintura fotográfica. El simple procedimiento nos lo explica. Uno de los entusiastas de Rico nos referia, para probarnos la excelencia de vision de este artista, que mui a menudo comenzaba un cuadro por un extremo, sin bosquejo alguno, i pintando cada dia un trocito, el cuadro se

hallaba perfectamente armonizado cuando el autor habia concluido al llegar al extremo opuesto. En efecto, no puede dárse mayor prueba de seguridad en el ojo i en la mano, pero tambien es imposible probar de una manera mas concluyente la falta absoluta de emocion. A nuestro juicio, un hombre así organizado podrá ser el primero de los pintores fotógrafos, pero es, a buen seguro, el último de los artistas, desde que su procedimiento consiste en la eliminacion del alma humana erijida en sistema, lo cual es enteramente lo contrario de la verdadera obra de arte.

Frente a Rico i como su polo opuesto, el artista frances Ziem ha pintado grande i majistralmente una Venecia luminosa, poética i llena de misterio que conmueve el alma del espectador tanto como encanta sus ojos. Este es para nosotros el verdadero artista, i sus cuadros figuran como joyas preciosas en los museos europeos. I la mayor prueba de que tenemos razon en nuestro juicio es que Ziem no es mas que uno, mientras que, con escasa diferencia en la perfeccion de sus útiles, allí andan los Ricos por docenas.

Orrego, que se dejó tentar por esa escuela fotográfica i que llegó a obtener cierta notoriedad en ello, se transforma visiblemente en algunos de sus últimos cuadros en que el detalle no deprime ya el conjunto, en que se trasluce cierta tendencia a una combinacion determinada i bien sentida. Su *Atrio de San Marcos*, su *Fuente de los suspiros*, su *Venecia despues de la lluvia* son cuadros del último jénero, i son los mas notables del autor. Por nuestra parte los preferimos a sus *Bañantes del Lido*, a pesar de la gracia indisputable de esta hermosa telita, i a su paisaje de la *Mujer recojiendo yerbas*. Su *Gran marina de tarde*, de tranquilas i transparentes aguas, en la que reina esa calma serena i dorada del crepúsculo pertenece tambien a la escuela francesa de nuestra preferencia.

De todas estas brillantes composiciones, la mas original i la mas distinguida por su encantadora coloracion es, sin duda alguna, *El puente de los suspiros* que ya hemos nombrado. El agua, los monumentos, la vela de la embarcacion, a la derecha del primer plano, todo es de una delicadeza vigorosa i de un encanto, lleno de conviccion. Sopla en la armonia de este cuadro un ambiente melancólico de pasada grandeza que sienta bien a los desiertos palacios de la antigua reina del mar, i que, sin que el espectador se dé cuenta de ello, conmueve poderosamente el corazon. Orrego ha encontrado aquí su verdadero camino.

Uno de nuestros artistas mas simpáticos por su bondadoso carácter es Onofre Jarpa. Un amigo de ámbos le decia en nuestra presencia que lo único que le falta-

ba para completarse era saber enojarse i... algo que solo puede decirse en la confianza de una conversacion abandonada e íntima.

Por lo mismo, sus paisajes respiran, en jeneral, una emocion dulce i tranquila que agrada i reposa al mismo tiempo.

Despues de una ausencia de varios años, que ha permanecido en el viejo mundo viajando i estudiando, nos ha vuelto hace poco cargado de un precioso bagaje de estudios tan interesantes como variados. Allí encontramos sitios de Italia, Francia, España, Suiza, i hasta de Palestina, que el autor ha visitado con el entusiasta fervor de un sincero creyente. De regreso a Chile, ha agregado a su obra algunas pájinas inspiradas por las bellezas de nuestro suelo.

Nada mas encantador e interesante que esta especie de álbum que exhibe Jarpa en cuatro tableros con mas de treinta estudios diferentes, todos agradables aunque de variadísimo aspecto. Allí encontramos la nota clara i la nota sombría; las entonaciones grises; las armonías verdes en todos los tonos; las aguas transparentes de un remanso i las juguetonas i misteriosas de un torrente en la sombra; cielos azules i hermosos juegos de nubes; primaveras, otoños, nieves de invierno, quemantes soles de estío; árboles, arquitectura, lagos i hasta el desierto. Todo esto tratado con cierta suave serenidad en la que no desentona una sola nota estridente. El público ha acogido esta série de estudios con profunda simpatia, i es para nosotros el deber mas grato el de unir nuestro aplauso imparcial i entusiasta al fallo favorable de la multitud.

Recomendaremos en especial, tablero núm. 82, *Los olivos del monte Olivete* que uno de nuestros mas acreditados coleccionistas, el señor Renjifa, se ha apresurado a adquirir; estudio de *Arquitectura gótica* en España, i una *Ciudad oriental* de un tono claro delicioso, destacándose sobre un cielo azul un tanto fuerte; tablero núm. 83, un *Arroyo de quebrada*, delicado estudio de medias tintas; *El puente*, sobre un rio mui cristalino con un cielo azul delicioso, i un *Paisaje de cerros chilenos* admirable de verdad i de una armoniosa i rica entonacion; tablero núm. 84, *Un bosque cortado por una tapia*, precioso estudio de verdes; *Un estero*, que se desliza al pié de unas colinas herizadas de follaje; i unos *Cerros de Suiza*, majistralmente modelados; tablero núm. 85, *Efecto de nieve*, de una triste claridad, i otro *Paisaje chileno* con lejanas cordilleras i un hermoso cielo atravesado por ligeras nubes.

Despues de todo lo anterior, el público nos permitirá dejarnos en el tintero los pocos cuadros que exhibe

el autor, los cuales, a pesar de sus indiscutibles cualidades, no se hallan a la altura de los estudios que tanto nos han entusiasmado.

Las vistas de Santiago y Valparaíso han hecho de Ramón Subercaseaux una celebridad entre nosotros. Por nuestra parte, lo confesamos con toda espontaneidad, es un talento artístico que nos despierta gran interés por su caprichosa originalidad y por su indisputable distinción.

Su cuadro más acertado de esta exposición es la *Quelbrada de Villa del Mar*, poderoso canto a la palmera que eleva el autor en un tono grave y elocuente que solo podría traducirse en verso por medio de las más solemnes octavas reales. Aun el dibujo, que tanto descuida el artista, es aquí de una amplitud majestral.

La *fuerza del jardín*, la *torre de la Intendencia* se recomiendan en seguida por sus notables cualidades de originalidad y de color.

Los *Retratos de los niños* son un cuadro acertadísimo como combinación pintoresca, de una gama esquisita y de una enorme dificultad en que el autor sale siempre victorioso, no tratándose del dibujo, que es, por demás, insuficiente y descuidado.

Pero ninguna de estas producciones ha suscitado mayores controversias que su *Playa de Villa del Mar*, que el público mira como un horror, pero que los artistas admiran con entusiasmo, a pesar de las desmanadas manchas azules que representan el mar a uno y otro lado de la prolongada lengua de arena. Por nuestra parte, no vacilamos en ponernos del lado de los artistas, y creemos firmemente que, una vez concluido y entonado este bosquejo, será el cuadro de Subercaseaux que más pueda soportar la abrumadora vecindad de su arrojada composición de *Los diques*.

En suma, el autor de esta hermosísima página, sin desmerecer un punto en nuestra estimación, se manifiesta este año menos feliz que el anterior.

En el género de marinas quien ha tomado francamente este año el puesto más elevado ha sido Juan de D. Vargas, con el delicado cuadro que hemos reproducido en el primer número de EL SALÓN, suave armonía en blanco y azul menor del más poderoso atractivo.

La pintura de Vargas es un tanto convencional, pero de un convencionalismo delicado y poético. Los diversos paisajes que exhibe son todos lijeros, vaporosos y risueños. Sus cielos son diáfanos; sus aguas, transparentes; sus follajes, tiernos; sus rocas, pintorescas; sus composiciones, claras y sencillas.

Del paisaje y la marina pasa el artista a las flores con igual acierto y una notable flexibilidad de ejecución. Los tres ramos que nos presenta este año son igualmente ricos y variados. Nada de más decorativo ni que mejor pueda adornar las paredes de un salón moderno. Relativamente al talento de este distinguido aficionado no hay discrepancia alguna, y su presente exhibición no hace más que confirmar al público en la buena opinión que de él se había formado el precedente año.

De todos los paisajistas que han concurrido a la exposición de 1885, ninguno tal vez se halla tan en progreso como Enrique Swinburn.

Nosotros somos de los que le vemos con pena prodigarse en una multitud de pequeñas improvisaciones que no tenían más vigor que una acuarela sin conservar su claridad ni sus transparencias. El estudio de los valores, tan esencial para la modelación de un cuadro,

se le escapaba a menudo y su colorido era, con frecuencia, pobre y desentonado.

Su conjunto de este año, bastante numeroso, nos prueba un notabilísimo adelanto en todos sentidos. Si de cuando en cuando encontramos todavía las trazas de sus antiguos defectos, vemos con placer algunos de sus cuadros que son acreedores a los mayores elogios y que dan seguro testimonio de su estudiosa aplicación. Los que llevan por títulos *Claros de luna*, núm. 177, *El alba*, núm. 178, *La mañana*, núm. 180, y *Bosque de pataguas*, núm. 185, son los más escogidos de su colección. Que corrija el autor el dibujo demasiado incorrecto de sus montañas y marche confiadamente al porvenir que se le ofrece resplandeciente y risueño.

Al tratar de las acuarelas y dibujos, volveremos a ocuparnos de Swinburn con elojio, lo mismo que tendremos ocasión de hacerlo con su antiguo maestro Jarpa.

Otro marquista de talento, que pinta igualmente flores y paisajes, es Juan Francisco Gonzalez, temperamento más nervioso que Vargas pero menos sostenido. Sus obras no figuran en el catálogo porque llegaron demasiado tarde al Salón, pero esto no impide que sean de las que más merecen cautivar la atención de los visitantes y aficionados.

Sus marinas, no siempre acertadas en la composición, son muy sostenidas como colorido y generalmente de una gama de grises ricos y variados.

Entre sus paisajes hai dos: *Un peñón* y *Unas casitas al través del follaje*, que son de una factura notablemente vivaz al par que de un colorido poderoso en su distinguida intensidad. *Un peñón*, en especial, recuerda los atrevidos paisajes de Courbet pintados al azar y con la firmeza de la espátula.

En sus cuadros de flores hai más color que lijereza. Pero aquí, como en todo lo suyo, se ve un artista de temperamento.

No dejaremos de hablar de Gonzalez sin recomendar su retrato de hombre, que a sus cualidades de tono y de factura reúne una gran naturalidad y distinción.

Resumiendo nuestras opiniones diremos que, si Orrego y Jarpa nos representan el talento educado por concienzudos estudios, los demás artistas que figuran en este artículo manifiestan todos un temperamento distinguido, algo desarrollado ya, pero que todavía puede producir mucho más con el esfuerzo sostenido de las lecciones del natural.

VICENTE GRZ.



LA VERDAD SOBRE LA FORMARINA

1

El centenario de Rafael ha sido celebrado con muy poca ostentación, pero ha tenido por consecuencia atraer la atención pública sobre la Formarina. Hemos visto desvanecerse la leyenda de la gran pasión inspirada al artista por ese modelo a quien se hacía responsable de su muerte; semejante descubrimiento ha escandalizado a ciertos publicistas habituados a la simetría y para quienes toda personalidad notable necesita un *pendant*.

Comparto el sentimiento de aquellos escritores a quienes la ciencia priva cada día de uno de sus mejores sueños, auto también las leyendas injenuas inspiradas por sentimientos y aspiraciones populares; no detesto las puras ficciones cuando no alteran de ningún modo la verdad; pero nada veo de respetable ni de poético en una preocupación o en un error histórico, y no puedo comprender ese ardor en la defensa de mentiras acreditadas. El señor Bergerat, elogiado autor de un artículo llamado *Autos a la Formarina* no debería ignorar que si hai errores triunfantes, hai también verdades desconocidas. La crítica histórica ha dado más de un golpe al culto profesado por los ignorantes a ciertos falsos grandes hombres, pero también cuántos juicios ha descubierto! Es odioso escribir frases como estas: «Nada ha tenido lugar, nadie ha vivido, no hai verdadero sino las arpias del Dante, que ensucian el festín de la humanidad y dejan caer su estiércol documentario en nuestra copa de ambrosía.» No son iconoclastas los que relegan ciertos ídolos a un rincón y sustituyen los dioses de luz a las divinidades tenebrosas. Nuestra época es de justicia y no de infamación. Poniendo a cada uno en su lugar, la historia prueba que es una resurrección y que la hora del juicio último ha sonado.

«He aquí, esclama el señor Bergerat, que Rafael se halla solo y que se eleva tristemente en su apoteosis viuda. ¿Es, por ventura, más grande?» En cuanto a mí, no veo que la novela de su vida pudiera agregar algo a su talento, y no puedo creer que el entusiasmo de sus admiradores haya disminuido al clasificar a Rafael entre los castos novios de lo ideal. Semejante pesar haría creer que las circunstancias poéticas de la vida de ese joven se hallaban por mucho en su reputación. Sus obras no bastarían, en consecuencia, para fijar alrededor de su frente la aureola que la imaginación de los letrados y la admiración de los botanicos le hubiera podido colocar. Muchos hombres de jenio han experimentado cruces infortunios y no por eso han perdido su grandeza. Byron ¿ha sido menos grande por haber vanamente amado a una muchacha de taberna que prefería un arriero? ¿cuánta razón tenía Shelley, cuando para consolar a un amigo le narraba el cuento del águila enamorada de una polla! Rara vez los grandes hombres encuentran compañera digna de ellos. Con este motivo, Renan dice muy exactamente: «Mientras más el hombre se desenvuelve por la inteligencia, más sueña el polo contrario, es decir, lo irracional, el reposo en la completa ignorancia, la mujer que no es más que mujer, el ser instintivo que no obra sino por impulso de una conciencia oscura. El cerebro quemado por el raciocinio tiene sed de sencillez, como el desierto tiene sed de agua pura.»

Aquellos, pues, que creen sinceramente en el jenio de Rafael no podrían afligirse de la soledad en que ha vivido y que le ha permitido tan enorme producción. Pero me explico muy bien las aprehensiones de los que temen ver la leyenda de su jenio desaparecida con la de sus amores.

En efecto, se halla hoy día demostrado que Rafael carecía de desenvolvimiento intelectual. No era un hombre universal, como Miguel Anjel. Había nacido, colocado desde temprano en el taller, no conoció nunca otra escuela. Imitó, como pudo, lo que tuvo a la vista, ejecutó concienzudamente los mandados, no se manifestó nunca luchador rebelde, porque no tenía cultura literaria, pensamientos poéticos, ni ideas generales. Semejante hombre era incapaz de experimentar